

Estimacion, respeto, veneracion, amor.

La estimacion es un efecto favorable fundado en calidades que consideramos útiles y agradables, que nos inclinan y aficionan á los que las poseen; así que es una disposicion á amarlos, y á unirnos estrechamente con ellos.

La señal genérica, esencial y característica de la amistad, es la inclinacion ó tendencia á acercarse y unirse con la persona amada, pues la vemos practicar por todos los pueblos y por todas las clases de la sociedad, entre las cuales solo se diferencia por el grado ó intimidad de la union, y por algunas modificaciones secundarias, hijas de la mayor ó menor educacion, del calor ó frialdad, del carácter, etc. Así es que damos la mano, la apretamos ó la acercamos al pecho ó á nuestros labios; ó abrazamos ó besamos á las personas ó cosas que nos son apreciables, ó que miramos con cierta *estimacion, respeto, veneracion ó amor.* Como todas

estas gradaciones de la pasión están fundadas en las mas ó menos buenas calidades del objeto estimado, respetado, venerado ó amado, así puede decirse que no se diferencian estos afectos entre sí, sino en los diversos grados de este conocimiento.

Estimamos á una persona que por sus prendas morales ó físicas se distingue del comun de los hombres; si su mérito es mucho, ó es de carácter elevado, la respetamos, y si este mismo mérito es excesivo, ó es de categoría elevadísima, la veneramos; y cuando nuestra estimacion encuentra la recompensa en el mismo objeto, entonces la amamos.

Por esto se dice que los amigos se estiman, los inferiores respetan á los superiores, los hijos veneran á sus padres y los amantes y esposos se aman. Este último sentimiento va dirigido siempre y es relativo á las personas; mientras que la estimacion, el respeto y la veneracion pueden estenderse á las personas y á las cosas.

La expresion de la estimacion no tiene carácter propio y distintivo; como lo observó Le-Brun. Tomada la estimacion de la veneracion, solo es mas moderada, y una cierta seguridad franca aunque modesta, toma el lugar del temor respetuoso.

El modo de escitar semejantes sentimientos, consiste en hablar de aquellos objetos con el mayor interés, y en pintarlos como adornados y revestidos de las mas bellas y brillantes calidades, suponiendo que no les fal-

tan ninguna de aquellas apreciables circunstancias que pueden hacerles desear. Se enumeran con cierto énfasis y reconocimiento los favores recibidos y las gracias que nos hayan dispensado, y si la persona de quien hablamos nos es amada ó nos ama, se añadirá esta circunstancia característica de esta pasión.

Algunos consideran el amor como un sentimiento dulce del hombre feliz, ó como dice Virgilio, una sensacion amarga del miserable, cuya tranquilidad perturba ó altera.

Descuret cree que el amor en su acepcion mas lata, es aquel hechizo irresistible que atrae todos los seres, aquella afinidad secreta que los une, aquella chispa celeste que los perpetua; en una palabra, que todo es amor en la creacion.

«Es difícil, dice La-Rochefoucauld, definir el amor; segun él, solo puede decirse que en el alma es una pasión de reinar; en los espíritus una simpatía y en los cuerpos un anhelo oculto y delicado de poseer, después de muchos misterios, lo que uno ama.»

Pero La-Rochefoucauld confunde aquí la galantería con el amor; porque el verdadero amor casi no sueña en reinar, constituyendo toda su felicidad en la que disfruta el objeto amado, y muchas veces en su propia sumision.

Es el amor una fiebre ardiente que tiene sus exacerbaciones, sus arrebatos y sus furros.

El amor, dice madama Stael, es la historia de la vi-

da de las mujeres, y no mas que un episodio en la de los hombres.

No presenta el amor un carácter tan determinado como las otras pasiones, porque se identifica mas con el entendimiento, con los caprichos, con las virtudes y los vicios de los que lo sienten, ó por quienes se siente, con su grandeza y con su humillacion. Lóbrego y poco confiado en el celoso, exigente y tiránico en el orgulloso, alternativamente grosero y frio en el egoista, extraño é inconstante en el que no procura mas que satisfacer su pasion, se muestra tímido, tierno y delicado en el que posee y sabe á lo menos apreciar los dotes del corazon y del entendimiento, y en todas estas variedades, continua Descuret, ¿cuántas modificaciones no pueden observarse? Así es que entre todas las pasiones, es el amor la mas difícil de describir, porque en cada sujeto ofrece tantas diferencias, cuantas se observan en sus facciones, ó mejor dicho en su fisonomía.

Despues que cada hombre da al amor el carácter que á si mismo le es propio, obsérvese tambien que esta pasion, considerada en los diferentes pueblos tomados colectivamente, presenta un carácter muy señalado. Así la pasion del Africano es ardiente y cruel; fria y brutal la del Lapon, y en algunos pueblos civilizados, todo se hace, bien que momentáneamente, por amor ó para el amor.

Considerado especialmente en las mujeres, la influencia del clima da el siguiente resultado tomado de un

hábil observador. Las españolas, las primeras entre las mujeres, aman fielmente; su corazon quiere con todas veras, pero llevan un estilete clavado en aquella entraña. Las italianas son lascivas; las inglesas exaltadas y melancólicas, pero son sosas y altivas; las alemanas tiernas y dóciles, pero pesadas y monótonas; las francesas agudas, elegantes y voluptuosas.

El doctor Frank dice que sospechamos la oculta existencia del amor en algun individuo, cuando pronuncia mas ó menos á menudo de lo que tiene de costumbre el nombre de una persona de sexo diferente, ya sea sin necesidad, ya sea trocando un nombre por otro; si la pronunciacion de este nombre ocasiona una pronta rubicundez ó una constriccion de pecho, que se conoce por un suspiro; si escribe ó pinta á menudo, casi sin advertirlo el entendimiento, las letras iniciales ó el nombre de la misma persona; cuando pasa mas tiempo del acostumbrado en el tocador, y elige con preferencia algunos colores; cuando trueca sus gestos naturales por los que suele hacer la otra persona; cuando sucede lo mismo con la eleccion de las palabras, cuando se demuestra cariñoso con sujetos que antes le eran indiferentes, é indiferente con aquellos á quienes manifestaba cariño; cuando cumple mal ó con poco interés sus deberes; cuando olvida los animales domésticos que cuidaba con afan; cuando hace en su aposento cambios que no sirven para la comodidad; cuando en el paseo y en los negocios no sigue las mismas horas ó el mismo

camino; cuando cambia tanto el carácter, que se convierte el alegre en triste, y el triste en alegre; cuando la fisonomía, y especialmente las miradas están en relación con este cambio; cuando se presenta continuamente en sueños una misma imagen; cuando se sienten á menudo suspiros, palpitacion de corazon, lágrimas involuntarias, y principalmente cuando los zelos llegan á traslucirse.

Las señales de un amor desenfrenado son, en lo físico, el enflaquecimiento, la palidez, los ojos cóncavos, hundidos debajo de los párpados, y habitualmente fijos ó inquietos; un pulso que hallándose ausente la persona amada, es desigual, pequeño, débil; pero que se vuelve tumultuoso y fuerte luego que la ve, oye su voz ó solamente la recuerda, etc.

En lo moral obsérvese una gran movilidad en el carácter, una afición decidida á la soledad y á la meditacion, suma indiferencia en todo lo tocante á la conservacion del cuerpo, y en los mas importantes deberes, etc.

El amor, origen de los mas deliciosos goces, así como de los mas crueles tormentos, segun sea feliz, contrariado ó zeloso, es la mas agradable, la mas sufrida ó la mas horrorosa de las pasiones.

El amor feliz en realidad ó en esperanza, produce en toda la máquina un calor suave y saludable. Al ver el objeto amado y al pensar tan solo en él, palpita el corazon, acelérase su circulacion y es mas animada la

respiracion: pintase en la cara un leve color encarnado y se animan todas las funciones con nueva expresion, los ojos se humedecen y se ponen brillantes, el mirar es vivo, apacible, lánguido. Píntase la sonrisa de la dicha en los labios, que se ponen algo hinchados, suavizase el metal de la voz, el lenguaje es mas fácil, mas animado, mas hiperbólico; ó bien no pudiendo la voz bastar á espresar las ideas que se agolpan en la imaginacion, la dicha hermanada con la admiracion produce muchas veces, segun repetidas observaciones prácticas, el éstasis, atencion escesiva pero deliciosa, durante la cual queda vinculada en un corazon, que es su universo, y cuyos latidos todos le pertenecen.

El amor contrariado tarda poco en perturbar toda la organizacion; se sienten calofrios desagradables por el cuerpo, el pulso es pequeño é irregular, la respiracion suspirosa, oprimida por un peso permanente. Hállase habitualmente pintada la tristeza en el rostro, que está descolorido, y el ojo, espejo del alma, está fijo, empañado y lánguido.

El amante desgraciado, dominado por un pensamiento esclusivo, parece privado de inteligencia; sus sentidos le son, por decirlo así inútiles; oye sin entender; mira sin ver; si quiere hablar, le perturban las ideas, se le traba la lengua; la voz es tambien apocada y quejumbrosa. Sus quebrantados miembros no pueden resistir la menor fatiga; no busca mas que la inacción, y no está bien sino en la soledad. Los alimentos son para él

insípidos; no puede conciliar el sueño, y si llega á poder cerrar los párpados, le atormentan los mas crueles ensueños, etc. (*V. Zelos.*)

El actor deberá tener presente que los modales del amor han de ser blandos, suaves y delicados, y que en todo se han de manifestar los deseos de complacer al objeto amado, y la satisfaccion interior, mezclada algunas veces de un cierto orgullo, que tenemos en ser amados.

El amor satisfecho y feliz prodiga su beneficencia y caricias aun á los objetos estraños que le rodean, no solo en la ausencia del objeto amado, sino tambien en medio de los arrebatos de su posesion. La jóven que espera ver cuanto antes á su ausente amante, prodiga su afecto á sus amigas, y se complace en abrazarlas repetidas veces, para satisfacer la necesidad que tiene de desahogar un afecto que no cabe en su corazon.

Algunas veces serán permitidos al actor ciertos rasgos fuertes y decididos, en especial en el amor impetuoso y contrariado; así como una mezcla ó tintura de melancolía en el amor desgraciado.

El respeto y la veneracion tributados al poder, van mezclados muchas veces del temor, así pues el actor inteligente debe conocer estos casos para indicar al traves de aquellos afectos, el disgusto y la incomodidad que experimenta el que se ve precisado á espresarlos, los cuales le advierten siempre su flaqueza y su inferioridad.

Como el actor ha de espresar muchas veces pasiones

complicadas ó mixtas, es preciso tener presente que estas pueden producir gestos y actitudes, que habiendo de reunir sentimientos contrarios, parezcan á primera vista equivocadas ó falsas, por la contraposicion que en ellas debe observarse, sin que por esto lo sean en realidad.

Todo el mundo sabe que el asombro hace inclinar el cuerpo atrás, y que la amistad le dirige hácia adelante; y así, cuando un amigo que se cree lejano ó muerto, y que por consiguiente no se espera ver, se presenta de repente, el verdadero accionado será dar un paso atrás, ó á lo menos inclinar el cuerpo atrás por causa del asombro que ha causado su aparicion, al paso que los brazos han de abrirse hácia adelante para recibir con afecto al amigo.

Despues de tener en consideracion estas reglas generales, es necesario que el actor atienda tambien ó conozca los diversos gestos ó acciones convencionales, establecidas por cada uno de los pueblos, para espresar estas pasiones, de lo cual ya hicimos mencion al hablar del accionado.

El europeo para manifestar su estimacion y respeto, descubre su cabeza, al paso que no se quitan el turbante los orientales. El primero aun para espresar el mas alto grado de veneracion, solo inclina la cabeza, y algun tanto el cuerpo, y rara vez hinca la rodilla; mientras que los otros en igual caso doblan todo el cuerpo y ocultan su cara, como si quisieran besar la tierra, y hasta llegan á postrarse en ella.

Los romanos espresaban la veneración á un objeto ó le adoraban, acercando su mano derecha á la boca, y luego la dirigian estendida al objeto venerado; de cuya accion, *manum ad os admovere*, llevar la mano á la boca, se deriva la palabra *adoracion*.

El apretar á otro la mano, besársela, darle un ósculo en los carrillos ó en la frente, abrazarle, cogerle la barba y besarla, poner una cosa sobre la cabeza, etc., etc., son modos diferentes de asegurar la amistad, el respeto, la veneracion ó el amor, que el actor ha de saber aplicar y hacer uso con oportunidad, segun el país en que se supone la accion del drama, y segun los personajes á quienes haya de tributarse alguna de estas pruebas exteriores de deferencia ó estimacion.

Zelos.

Los *zelos*, hijos legítimos de la envidia, como los define un sabio, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad que suponemos que otros gozan mirándonos privados de ella.

Los *zelos* suponen una idea baja de si mismo, una falta de las ventajas ó calidades que se reconocen, ó que se supone existen en aquellos que causan los *zelos*.

Un amante está zeloso de su rival, porque teme no tener á los ojos de su amada, tantas prendas como el que motiva sus inquietudes.

Los pobres viven zelosos de los ricos, porque aquellos se sienten destituidos de los medios que estos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.

Los *zelos* tienen tambien por origen la desconfianza; es decir, la falta de seguridad que tenemos de la per-

sona amada, cuya desconfianza da lugar á la pasion de los zelos.

La ambicion es igualmente otro origen de los zelos, es decir, en aquellos casos en que deseamos elevarnos al grado ó rango que ocupa un rival dichoso.

Tan naturales son los zelos al corazon del salvaje, como al del hombre civilizado: siguen todas las faces del amor, y se modifican como este, segun el carácter de los sujetos que los padecen.

En los unos no consisten mas que en un sentimiento conservador, en un aguijon que los escita á redoblar los cuidados y la ternura para cautivar al objeto amado; en otros son una pasion lúgubre y feroz, que quita al que de ellos adolece, hasta los últimos destellos de la razon; finalmente en otros muchos, infieles, pero desesperados de verse abandonados por una mujer á quien tampoco aman, se reduce este sentimiento al del amor propio humillado por un rival mas venturoso.

Sucesivamente tirano y esclavo, el celoso se encoleva desmedidamente, ó bien pierde su dignidad y se deshace en ruegos; agitan perpetuamente su cerebro enfermo las mas estañas suposiciones; para él finalmente no cabe reposo; pues las sospechas y los temores le persiguen hasta en el sueño. Obsérvase en sus movimientos, en su posicion, en sus miradas principalmente, algo siniestro que asusta y ahuyenta todas las simpatías y la compasion con el dolor que experimenta.

No cabe justificarse con él; si la compasion puede á

veces inducirle á dar algun testimonio de afeccion á la persona á quien ama; estos testimonios para él no son mas que un disimulo hábilmente calculado; redobla luego sus sospechas; injuria y amenaza, ó bien, cediendo momentáneamente á la conviccion y al arrepentimiento, admite las pruebas que le da el sujeto á quien ama, pero vuelve desde luego á caer en sus imaginarios terrores, y á ser tan injusto y tan furioso como antes.

El zeloso, generalmente se esfuerza en ocultar á la vista de todos, los tormentos que padece, avergonzándose de ellos como de una flaqueza; y aun no es raro oírle hablar con desprecio de los sujetos zelosos. Mas si bien delante de los estraños es tan reservado, se venga ampliamente de esta reserva con su víctima, como dice Descuret, sobre todo si tiene en ella derechos de que pueda valerse.

En las violencias sordas y ocultas de la tiranía doméstica, es donde suelen ser mas terribles los efectos de esta pasion; porque la lucha se verifica por lo comun entre la fuerza y la debilidad.

Digna es en cualquier situacion de lástima el alma que está sujeta á esta horrible pasion: pues el desgraciado, en medio de su dolorosa y continua ansiedad, se consume para investigar lo mismo que tanto teme llegar á saber; y sin embargo quiere cerciorarse de lo mismo que tanto le conviene ignorar. Si llega á pasar de la sospecha á la certeza de que no es correspondido, cesa algunas veces instantáneamente el sentimiento que

le domina, convirtiéndose los zelos en desprecio; pero las mas veces degenera en rencor, en furor, ó bien termina por la melancolía, la manía, y tal vez por el suicidio.

Cuando los temores del zeloso son puramente imaginarios, y están destituidos de fundamento, entonces la pasión es menos violenta en sus accesiones; pero basta su frecuencia para emponzoñar la felicidad doméstica.

Temibles son tambien las tempestades que levantan los zelos en el corazón de la mujer. «Cuando los zelos, dice Montaigne, llegan á apoderarse de esas almas flacas y sin resistencia, da lástima la crueldad con que las atormentan y tiranizan. La virtud, la salud, el mérito, la reputacion del marido, son los botafuegos de su rabia; esta fiebre marchita y corrompe todas sus bellezas y bondad; y una mujer zelosa, aunque sea casta y económica, no hace ninguna accion en que no manifieste el mal humor que la domina.»

Se ha observado en cuanto á las diferencias que presentan los zelos en los dos sexos, que son mucho mas frecuentes y mas groseros en el hombre que en la mujer. Sospecha el hombre mas fácilmente y con mucho menos motivo que su mujer es culpable de una infidelidad material, que esta de él; y sobre todo teme el hombre una afrenta que en nuestras costumbres es un objeto de escarnio: la mujer, al contrario, teme mas el perder el corazón de su objeto adorado, y mientras crea poseer todavia su afecto, puede soportar mejor el partir sus caricias con una rival.

De la historia de los arrebatos de los zelos resulta que casi siempre es la mujer la que paga los atentados cometidos contra la amistad ó la fé conyugal. En efecto, ella perdona ordinariamente al hombre las infidelidades que le descubre, y desahoga su resentimiento contra sus rivales; el hombre, al contrario, perdona mas fácilmente á su rival, y dirige toda su venganza contra aquella cuya mala conducta puede dar lugar á que llegue á ridiculizársele ó á introducirse un estraño en su familia. (*V. Envidia.*)

De todas las pasiones, los zelos son tal vez de los cuales es mas difícil dar reglas fijas para espresarlos. Como se presentan ó manifiestan en la naturaleza de tantas maneras diferentes, ó bajo una multitud de aspectos, raya casi en imposible señalar el gesto que verdaderamente les corresponda.

Los zelos que tienen por origen la ambicion, unas veces pertenecerá su espresion, como dice un célebre escritor, á la vergüenza, otras á un disgusto que participa algo de la cólera, ó á un enfado secreto; sin que en estas modificaciones sea posible señalar los signos propios y característicos que pertenecen meramente á los zelos, y que por ejemplo distinguirían de cualquiera otra tristeza noble, aquellas lágrimas que derramaba el jóven César, leyendo la historia de Alejandro Magno. Examinados los zelos del amor, se verá entonces un verdadero Proteo que no teniendo jamás una forma propia, cambia de aspecto á cada instante.

El arrebató, las lágrimas, la risa desdeñosa y burlesca, la mirada curiosa del que sospecha, las quejas amargas, la opresión del dolor, las violencias, finalmente el furor y la muerte, he aquí la gradación de los sentimientos que suceden en el alma del zeloso Otelo. Todas estas expresiones pertenecen á los zelos; pero ¿qué variedad, y que infinita distancia no se advierte entre ellas? ¿Cuánto se diferencia cada una de sí misma de un instante á otro?

En estos movimientos nada hay fijo ni estable; en ninguna parte se halla una señal aislada que designe los zelos y no otro afecto. ¿Pero cuál será el gesto propio que dará á los zelos el actor ó el artista que se propusiera bosquejar el accionado característico de las pasiones? Ninguno, contesta el mismo escritor; porque aunque pueda determinar las señales del odio, de la opresión, del dolor, del desprecio burlesco, en fin, de todas las expresiones mixtas ó simples que suelen adoptar los zelos, jamás conseguirá fijar los gestos particulares de esta misma pasión, por que no los tiene.

Le-Brun en sus dibujos indicó el aire del odio para expresar los zelos; pero no siempre el odio es zelos, ni todos los zelos se manifiestan por los efectos del odio. Así pues como en los zelos se muestran tantas otras pasiones, según sea su origen el amor, la ambición ó la envidia, cada una de las cuales tiene ya su gesto particular; y como por lo común estos afectos se suceden con mucha rapidez, y la experiencia nos manifiesta, se-

gun hemos indicado, que cada uno de los hombres los siente y manifiesta á su modo, el actor que desee expresarlos con maestría deberá estudiar á fondo el carácter y situaciones del personaje que representa, y empapado en las mismas ideas que animaban al poeta cuando diseñaba aquel carácter, abandonarse, digámoslo así, á los impulsos de su corazón que hemos de suponer sensible á esta pasión.